

Alberto
Vázquez-Figueroa
OLVIDAR MACHU-PICCHU

NOVELA



Una mujer, una sencilla ama de casa que ha visto transcurrir su existencia en la absoluta normalidad de una vida burguesa y sin sobresaltos, se enfrenta de improviso al hecho de que puede acabar, impunemente, con uno de los más odiados asesinos y explotadores de todo un Continente.

¿Debe ajusticiarlo en contra de los principios morales que le inculcaron cuando nació y con los que ha vivido en paz durante más de treinta años, o debe mantenerse al margen, permitiendo que semejante tirano continúe cometiendo toda clase de crímenes y atrocidades?

El concepto de que nadie debe tomarse la justicia por su mano lo inventaron aquellos que tenían en su mano la justicia y no deseaban que nadie usurpara sus privilegios.

¿Qué derecho tiene la conciencia a oponerse a algo que la razón considera que debe hacerse por el bien de muchos?

La vida de un solo estudiante o de un solo «desaparecido», valen más que todos los gritos de cualquier conciencia.

¡Olvidar Machu-Picchu! ¿Olvidar lo que un atardecer ocurrió entre las ruinas de una ciudad perdida en un picacho andino, o recordar Machu-Picchu; recordar que todo un Continente sufre hambre, guerras, muertes, desapariciones e iniquidades, para que un puñado de hombres puedan acumular en un decenio algunas de las más portentosas y ensangrentadas fortunas de la Historia?

¿Es también asesino quien mata a sangre fría a un asesino para evitar que continúe matando...?

El Urubamba, un río frío, oscuro, impetuoso, se abría camino por entre riscos que causaban vértigo, altas montañas de los Altos Andes, en feroz lucha con las rocas y los meandros, con los desfiladeros y la espesa vegetación, para ensancharse luego y formar un hermoso valle: el Gran Valle Sagrado de los Incas; fértil vega protegida por las cumbres nevadas de la Cordillera Real que parecía querer defenderla de los helados vientos del Oeste.

Más tarde, el Urubamba se estrechaba de nuevo enfrentándose a la selva; una jungla cerrada y olorosa que hacía subir hacia el cielo un vaho espeso de humedad, como de baño turco en el que todo, todo, fuera igualmente denso.

El viejo y cansino tren siguiendo el margen del Urubamba —río de los Incas— dejaba atrás cultivados campos, maíz y cebada, rincones de paz, prados en los que pastaba un ganado somnoliento y tranquilo, retorcidos caminos y antiguas fortalezas, que respondían a nombres tan sonoros como Ollantaytambo o Sayamarca, junto a ruinas de torreones, palacios y ciudades que se alzaron —siglos atrás— en aquel lugar, el predilecto del Imperio.

Destrozado ese Imperio por un puñado de locos que llegaron de lejanas tierras después de atravesar muy lejanos mares, las fortalezas, las ciudades y los torreones fueron arrasados y violados por los Conquistadores que no respetaron a nadie, ni nadie les detuvo, y que fueron dueños absolutos del Sagrado Valle de los Incas.

Y al fin, aunque ni siquiera la selva logró detenerlos, esa misma selva les hizo creer que más allá del impenetrable muro de vegetación no había ya nada, o al menos nada

que despertara su codicia o sus ansias de pillaje y destrucción.

Y fue así como ni esos Conquistadores, ni quienes les sucedieron creando un país libre e independiente, sospecharon nunca de la existencia, allá, en el corazón de la selva, en el centro mismo de los Andes, en la cumbre del más inaccesible de sus picachos, de una ciudad portentosa; una ciudad que había sido, nadie sabía cuánto tiempo atrás, joya entre las joyas del Imperio.

El tren, cansino y chirriante, que había comenzado a ascender con la primera luz del día desde la ciudad de El Cuzco, serpenteaba junto al frío Urubamba y, en poco más de tres horas, alcanzó, como casi de milagro, un diminuto apeadero —«Puente de las Ruinas»— en el que descendieron, presurosos, todos aquellos pasajeros cuyos rasgos no respondían a una raíz puramente indígena.

Luego el tren siguió su marcha, se lo tragó la selva y ellos subieron a un diminuto autobús que trepó por la ladera del precipicio hasta obligarles a sentir vértigo. Al fondo, el cañón del río, y a ambos lados, paredes cortadas a pico, casi seiscientos metros hasta alcanzar al fin las piedras de Machu-Picchu porque nada había que buscar allí más que piedra, y la piedra parecía convertirse en la representación pura y exacta de cuanto el inca había dejado de su genio.

Habían pasado sobre la ciudad los terremotos, las heladas, las lluvias y los vientos; habían pasado tantas cosas y tanto tiempo, que del recuerdo de los hombres que hicieron posible tal maravilla nada quedaba, pero Machu-Picchu, las piedras de Machu-Picchu perduraban.

Debieron ser necesarios miles, tal vez millones de hombres, trabajando incansablemente para levantar las murallas y los templos, labrar las escalinatas y montar y llenar de tierra fértil las terrazas de cultivo, sin conocer siquiera el uso de la rueda, sin más ayuda que sus propios brazos para subir a aquellas inconcebibles alturas las gigantescas rocas que la contemplaban ahora, con la misma indiferencia con

que habían contemplado a otros muchos seres humanos a lo largo de centenares de años.

No podía analizar cuáles eran sus sentimientos al penetrar, al fin, en Machu-Picchu. Durante años, su solo nombre le había traído extraños significados, y era la representación de lo maravilloso y lejano; un sueño perdido en las montañas de un país remoto; la concreción palpable de todas sus fantasías, y, por lo tanto, no quiso saber nada de los guías oficiales que se ofrecieron a enseñarle la ciudad, porque en sus sueños de niña, en sus sueños de mujer, siempre se había visto sola, caminando por entre las ruinas, tocando levemente, sin ningún testigo, los viejos muros que le hablarían de seres que allí tuvieron una existencia tan distinta a la suya, que allí adoraron un Dios, allí se odiaron, y allí también llegaron a amarse.

Y así marchó sola, y subió por increíbles escaleras talladas en la roca, adentrándose por estrechos pasadizos y penetrando en casas que, en otro tiempo, fueron casas de no podía saber quién, donde habían nacido niños, donde habían muerto ancianos y donde se habían amado hombres y mujeres de los que les separaban tanto tiempo y tantas cosas.

Y una plaza inmensa se abrió ante ella, de hierba crecida, y en su centro un monolito al que tal vez adoraron. Era la Plaza del Sol, del Inti-Pampa, donde, en sus sueños, podía ver a los guerreros vestidos de relucientes uniformes, y a las vestales con cien colores en sus ropas, rindiendo tributo a un poderoso Inca que era todo oro, del cetro a las sandalias.

Subió. Había muchos —muchos más de los que recordaba en su imaginación—, muchos más peldaños, y en la cima, al borde del precipicio que también por la espalda protegía a la ciudad, se enfrentó a un bloque de granito blanco: el Inti-Huatana, en el que decían —y también lo recordaba de sus sueños— que morían las víctimas sacrificadas al Sol.

No le había mostrado nunca, sin embargo, su imaginación, pues ni siquiera la imaginación era capaz de recrear semejante portento, la maravilla del Templo de las Tres Ventanas que abría sus huecos a tres puntos distintos: tres panoramas únicos sobre el cañón del Urubamba o la cima del Huayna-Picchu, y permaneció allí durante largo rato, tal vez casi una hora, hasta que su estómago le recordó que no había probado bocado a todo lo largo de la activa y excitante mañana.

El pequeño restaurant estaba ya repleto de turistas, y aguardó paciente, tomó su bandeja, escogió entre lo poco que le dieron a elegir, y buscó acomodo en una apartada mesa ocupada tan sólo por un anciano que fumaba paciente una curva cachimba, a la espera de que una india diminuta se decidiera a traerle café:

—¿Me permite...?

El anciano incluso se levantó gentilmente para acomodarle la silla.

—Desde luego... Pero le recomiendo que no pruebe la sopa. Está incomible. Límitese a la carne, el maíz y el pudín.

—Gracias.

—No hay de qué... En esta altura conviene comer poco... El «soroche» ataca con más fuerza a los estómagos repletos... Las digestiones resultan muy pesadas.

Aceptó el consejo y se centró en la carne correosa e insípida, pero le constaba que no había ido tan lejos para disfrutar de un banquete, y que cuanto le importaba era matar el hambre y volver cuanto antes a las piedras con las que seres de otros tiempos construyeron, tantos siglos atrás, una ciudad para sus sueños.

El anciano la contemplaba fumando en silencio, pensativo y, al fin, probablemente más por mostrarse amable que por auténticos deseos de mantener una conversación, inquirió sin demasiado interés:

—¿Ha venido sola...?

Afirmó en silencio.

—¿Chilena...?

—Española... Bueno, en realidad medio española... Nací en Francia, pero mi padre es español y vivo en Madrid.

—No tiene acento... Eso me hizo pensar que era chilena. Aquí, salvo los chilenos, todos tenemos un acento muy marcado... Yo soy uruguayo... —Hizo una pausa y añadió con cierto orgullo—. Pero mis abuelos eran canarios... ¿Qué le ha parecido la ciudad...?

—Irreal... Estoy aquí pero aún sigo creyendo que es mentira...

—Como un decorado de cine... ¿No es cierto? Si no fuera por esas moles de granito, uno pensaría que la acababan de construir para atraer a los turistas... Una especie de «Disneylandia» en otro estilo... ¿Conoce «Disneylandia»...?

Negó con un leve gesto de cabeza mientras se metía un nuevo pedazo de carne en la boca.

—Es un lugar curioso... —añadió el uruguayo—. Una especie de Machu-Picchu para niños... Yo llevé una vez a mis nietos, y, realmente, lo pasé muy bien... ¡Señorita, mi café, por favor...! Aquí hay que armarse de paciencia...

Encendió nuevamente su cachimba que parecía divertirse apagándose de continuo y añadió:

—Me gusta viajar... Conocer cosas y gentes nuevas es ya casi el único placer que me queda en la vida, pero ésta es la primera vez que lo hago solo... Los niños están en el colegio y mi hija no pudo venir... ¡Es una lástima...! Lo bonito es compartir las cosas con los seres queridos... Si no...

Se interrumpió. Su mirada había quedado fija en la puerta en la que había hecho su aparición un grupo que buscaba sin lugar a dudas una mesa vacía.

Siguió la dirección de su mirada; se fijó en los hombres y su atención recayó inmediatamente en el primero de ellos; alto, fuerte, de cuadrada y autoritaria mandíbula y cabello oscuro muy planchado.

Se volvió a su compañero de mesa que había palidecido levemente.

—¿Ocurre algo...? —quiso saber.

El anciano tardó en reaccionar. Por último, con un leve gesto de su pipa señaló hacia el grupo.

—Ese hombre... El del chaquetón verde... ¿Sabe quién es?

Lo observó de nuevo con más atención mientras se encaminaban hacia una mesa que había quedado libre en el otro extremo del comedor, y negó convencida:

—No tengo ni idea...

—Hugo Máspoli... El general Máspoli... El «cerebro» del golpe de Estado argentino.

—He oído hablar de él...

—Ha asesinado a miles de personas y la mayoría de los desaparecidos de Argentina lo han sido por su causa. —Hizo una pausa y su voz tembló levemente; tal vez de contenida indignación—. Ahora se ha descubierto que anda mezclado también con el escándalo de la «Logia Propaganda Dos», de Italia, y en el tráfico de drogas de Bolivia... Un canalla... —concluyó convencido—. Un sucio asesino sin entrañas.

Sorprendida por la violencia y el rencor de aquellas palabras, se volvió a observar al general, que había tomado asiento junto a uno de sus acompañantes, un hombrecillo cetrino de ojos hundidos y nariz aguileña, que aparecía inquieto mirando constantemente a todas partes, como si se mantuviera siempre a la espera de algún indeterminado peligro.

De los cuatro restantes, dos permanecían en pie frente a la puerta, otro tomó asiento cerca del ventanal, mientras el cuarto se ocupaba en proporcionar bandejas con comida a sus acompañantes.

—¿Le ha hecho algo...? —inquirió al fin.

El uruguayo la miró fijamente:

—¿A mí...? No, nada... Ni a mí, ni a mi familia... Pero le conozco bien, y me revuelve las tripas. Me indigna que gente de esa clase pueda andar suelta por el mundo sen-

tándose a nuestras mesas. Miles de madres y esposas lloran por sus seres queridos a los que esa bestia ha mandado asesinar, y él está aquí, protegido por sus gorilas, y tal vez maquinando con ese tipo nuevos asesinatos... Apoya a sus iguales y facilita armas y dinero a quienes pretenden dar golpes de Estado en otros países, porque así tiene un lugar adonde escapar cuando al fin la sociedad pretenda pedirle cuentas de sus crímenes. ¿Sabe por qué Argentina no puede volver hoy día a la normalidad...? Porque generales como Máspoli temen que si devuelven el poder la ley pretenderá juzgarlos... Son tantas sus culpas, que ni con mil vidas pagarían por ellas.

Se puso en pie bruscamente y dejó un puñado de monedas sobre la mesa.

—Me marcho —le dijo—. Tómese si quiere mi café cuando lo traigan. Me siento incapaz de permanecer un minuto más respirando el mismo aire que esa bestia.

Vio cómo se alejaba con paso nervioso y rápido, advirtió la mirada de ira y desprecio que dirigía a los matones de la puerta al pasar junto a ellos, y le siguió con la vista mientras cruzaba más allá del ventanal y se perdía en dirección a las ruinas.

Héctor le había hablado en ocasiones de Hugo Máspoli, y recordaba que su voz cobraba entonces un temblor de furia impotente, muy semejante al que había percibido en el tono del anciano. El general Máspoli constituía el más claro exponente de aquella clase especial de militar sudamericano artero, cruel y despiadado que, a lo largo de toda la Historia del Continente, había sido tantas veces capaz de empujar a una nación a una guerra civil o a un baño de sangre, si con ello favorecía de algún modo sus intereses personales y los de su casta.

—El desastre de las Malvinas no se hubiera dado sin hombres como Máspoli... —había asegurado Héctor convencido—. Necesitaban distraer la atención del país de cuanto habían asesinado y robado anteriormente, y no du-

daron en embarcar a la Argentina en una absurda aventura fracasada de antemano. Miles de muchachos perdieron la vida o volvieron mutilados, y el honor de la nación quedó en entredicho, para evitar que Máspoli y los suyos tuvieran que entregar el poder y dar cuentas de sus actos. Y es tanta su inmoralidad y su desvergüenza, que ahora, cuando los ingleses pretenden devolverles los cadáveres de los soldados que cayeron en las Malvinas, no los quieren. Prefieren que esos chicos que enviaron a la muerte queden para siempre en fosas comunes, lejos de sus familias, a pasar por el bochorno de ver regresar a esos muertos, pues saben que cada uno de ellos es un muerto más sobre sus conciencias...

Y ahora, aquel mismo Hugo Máspoli estaba allí, sentado a diez metros de distancia, y se le antojaba, pese a su proximidad, tan irreal como la propia ciudad de Machu-Picchu, pues, para ella, y pese a lo mucho que Héctor le contara, seres como Máspoli pertenecían más al mundo de la fantasía o de los sueños y las pesadillas, que a la vida cotidiana de una tranquila ama de casa madrileña.

Años de matrimonio y el interés de Héctor por la política habían conseguido que casi toda su visión de los acontecimientos mundiales le viniera dada por el particular punto de vista de su esposo, que tenía, especialmente en lo que se refería a Sudamérica, un criterio muy personal, y en cierto modo partidista. Pinochet, Stroessner, Máspoli, Videla, Somoza, Galtieri, Banzer o Duvalier, eran nombres mil veces repetidos en boca de Héctor cuando hablaba de un Continente al que tan ligado se había sentido siempre pese a la lejanía; nombres que representaban cuanto aborrecía, y contra lo que hubiera deseado luchar con todas sus fuerzas de haber sido otras sus circunstancias personales.

Al igual que el anciano uruguayo, Héctor no hubiera sido capaz de soportar la presencia de aquel asesino, marchándose en busca de un aire menos viciado, aunque tampoco habría sido capaz de vencer la tentación de gritarle

cuanto pensaba de él, pese a la amenazante presencia de sus cuatro matones.

Estudió a los guardaespaldas mientras paladeaba muy despacio un pudín aceptable, y se preguntó si realmente aquellos hombres, en apariencia semejantes a cualquier otro, se podrían haber convertido en fríos asesinos, en torturadores que se complacían viendo sufrir a un ser humano para acabar alojándole una bala en el cerebro y enterrarlo de noche en una tumba anónima.

Le costaba trabajo aceptar que tal clase de gente existiera, hablara, comiera y respirara, y se negaba a admitir que aquel joven alto y de delgado bigote que oteaba de tanto en tanto a través del ventanal, mientras picoteaba un gran plato de carne estofada, pudiera haber sido capaz alguna vez de matar a sangre fría a una persona.

No tendría, probablemente, más de treinta años y en nada se diferenciaba, a primera vista, de un simple estudiante que aguarda, tras el ventanal de una cafetería, la llegada a la cita diaria de su novia.

Como si hubiera captado que le estaba observando, se volvió lentamente, la miró y había algo extraño en sus ojos; algo impersonal y helado, como si no estuviese contemplando a un ser humano, sino tan sólo a un objeto al que pudiera calibrar de una sola ojeada.

No apartó la vista y permitió que analizara a sus anchas a la mujer de pelo recogido en un descuidado moño, jersey descolorido e inequívoco aire de turista de grupo, y comprendió, por la forma en que buscaba y encendía un cigarrillo, que se estaba preguntando si valdría la pena responder al aparente interés que había despertado en su vecina de comedor, pero fue tan sólo un instante; alguien que se aproximaba, llegando por el caminillo que conducía a las ruinas, y de inmediato su atención se centró en él.

Existían.

Los asesinos tenían que existir porque sin ellos el mundo y la sociedad funcionarían sin duda de un modo muy

distinto. Eran aquéllos y estaban allí, compartiendo la misma estancia y confundidos con la masa de inocentes visitantes, llegados de los más diversos rincones de la tierra, que probablemente se hubieran sentido tan desconcertados, incrédulos y horrorizados como ella misma se sentía, al descubrir su presencia en el comedor.

Podía tocarlos. Podía ponerse en pie y encaminarse hacia el mostrador en busca de una nueva ración de pudín, y rozar levemente al pasar al general Hugo Máspoli; al aborrecido, al odiado; aquél por cuya muerte rezaban cada noche miles de madres argentinas.

Había visto en Televisión documentales sobre aquellas «Madres de la Plaza de Mayo» que cada semana se concentraban sin miedo a las represalias, pidiendo a gritos el regreso de sus hijos y nietos desaparecidos por el capricho de hombres como Máspoli. Recordaba sus rostros crispados, sus enrojecidos ojos, y su expresión de angustia y desánimo cuando mostraban viejas fotos de los seres queridos, con la vana esperanza de que alguien les diera una vaga noticia sobre su paradero.

Las recordaba también escarbando, sin más ayuda que sus manos desnudas, en los cementerios clandestinos en los que se sabía que habían enterrado a escondidas a tanto asesinado de un tiro en la nuca y, súbitamente, sintió náuseas, comprendió al anciano uruguayo, y se consideró incapaz, también, de compartir por un minuto más el techo que cobijaba a semejante escoria.

La india había dejado al fin sobre la mesa una humeante taza de café, pero no quiso tocarla porque hacerlo hubiera sido tanto como traicionar a su compañero de mesa y, poniéndose en pie, se encaminó directamente a la salida.

El hombre del ventanal le dedicó una larga mirada de atención al comprender quizá que, bajo el descolorido jersey y los viejos téjanos, se escondía tal vez un cuerpo apetecible, pero ya había perdido todo interés en él y en lo que significaba, y ganó el aire frío y cortante de las alturas

de Machu-Picchu, con la prisa y el ansia de quien se ahoga en el fondo de un pozo pestilente.

Amó las piedras. Amó las inacabables escalinatas y mil recovecos de la vieja ciudad perdida, y agradeció a olvidados hombres que la construyeran para ella tantos siglos atrás, porque la magnificencia de su arquitectura le sirvió para olvidar que se había encontrado tan cerca de aquellos otros hombres tan distintos.

Desde la cima del Torreón de los Amaucas, contempló el Barrio de los Intelectuales, el de los Agricultores y el de los Nobles, así como el punto exacto, allá en la cumbre, desde donde —según la tradición— habían partido los ocho hermanos Ayar, dos de los cuales, Manco-Capac y Mamá-Ocillo, fundarían la estirpe y el Sagrado Imperio de los Incas.

Le asaltó la impresión de que los seres que habitaron Machu-Picchu debieron constituir un pueblo angustiado y pacífico, que temía por su supervivencia y confiaba más en la solidez de la roca que en sus propias fuerzas y, por ello, buscaron en sus construcciones una majestuosa sobriedad huyendo de cuanto resultara frágil o caduco. Y se podría suponer que, en realidad, lo hicieron pensando en que su ciudad debía perdurar, escondida, durante siglos, para que algún día generaciones muy distantes en el tiempo admiraran su obra más aún que a ellos mismos.

¿Por qué se fueron?

¿Qué les impulsó a abandonar el lugar sagrado al que habían dedicado sus padres y abuelos todos sus afanes, descendiendo del altísimo y escondido picacho para no regresar nunca?

Tal vez fuera una epidemia; un miedo colectivo de los que, de tanto en tanto, asaltan a la especie humana sin razón válida alguna, o quizás una orden de olvidados dioses o una señal del cielo que brujos y curacas debieron considerar de mal agüero.

También resultaba factible que un buen día decidieran alejarse a causa de una invasión, o en busca de nuevas tierras que invadir ellos mismos, pero lo único cierto era que allí dejaron para siempre su ciudad, languideciendo, sumida en un largo sueño de quinientos años.

Bajó una vez más por calles sin nombre, se adentró nuevamente en casas sin techo, y ascendió jadeante por larguísimas escaleras sin destino.

El sol de media tarde, tibio y rojizo, había vencido en su ardua tarea de espantar a las nubes, alejar a la lluvia, y calmar de momento al helado viento de las cumbres; y en la quietud de la alta montaña, las voces se multiplicaban al devolver su eco los rectos acantilados de los picachos vecinos.

Buscó aire para sus pulmones fatigados por la excesiva altitud y tomó asiento en la cima de una de las más altas terrazas de la ladera oeste, permitiendo que los últimos rayos de un sol que soñaba ya con apagarse tras la distante cordillera le acariciase el rostro, obligándole a entrecerrar los ojos, y permitiendo por primera vez en mucho tiempo que una leve sonrisa de bienestar asomase a sus labios.

Se sentía a gusto. En calma, en paz consigo misma, con la vida y con sus semejantes y consintió que los recuerdos la asaltaran contribuyendo a relajar aún más su espíritu.

Tal vez dormitó unos segundos. Nunca pudo saberlo. Luego una nube semiocultó el sol tiñéndolo de rojo, una ráfaga de aire frío la obligó a estremecerse y unas voces cercanas rompieron el encanto del lugar y el momento.

Se puso en pie y se aproximó al muro de la terraza buscando con la vista, bajo ella, a los dueños de las roncadas voces que habían venido a perturbarla.

Una pesada piedra desprendida de su base osciló bajo sus pies, obligándola a echarse atrás asustada, pero algo indescriptible, una extraña fuerza que no lograba explicar y que era superior a su miedo, la impulsó a inclinarse de nuevo sobre el muro.

A veinte metros en vertical bajo sus mismos pies, dos hombres habían tomado asiento sobre un pretil y charlaban en voz alta fumando gruesos habanos y, más allá, casi en el recodo, otros cuatro hombres guardaban el acceso con la paciencia de quien está desde siempre acostumbrado a las esperas.

Reconoció al joven del bigote que se acomodaba junto a la ventana del restaurant, y a los matones de la puerta, y aunque no alcanzaba a distinguir sus rostros, no le cupo duda de que bajo sus pies se sentaba el general Hugo Máspoli y su acompañante, el hombrecillo diminuto de nariz de aguilucho.

Se echó atrás, lejos del campo de visión de los guarda-espaldas, e instintivamente buscó en derredor algún posible testigo de sus actos, como si le avergonzara que alguien descubriera que se encontraba allí arriba, dueña por unos instantes de la vida de uno de los más grandes asesinos del momento, pues comprendió que le bastaría con empujar con el pie la enorme piedra suelta para acabar de una vez por todas con la vida, los crímenes y las intrigas del general Máspoli.

No vio a nadie.

El sol se había ocultado tras el más alto de los picachos andinos, y el rápido crepúsculo peruano correteaba de un lado a otro tiñendo de grises neutros los vibrantes verdes y ocres de la selva y la montaña.

La mayoría de los turistas habían iniciado ya el descenso hacia el valle, a la espera del tren que debía devolverles a El Cuzco y únicamente los rezagados, los que amaban ver cómo las piedras de la Ciudad de Piedra se fundían también con el crepúsculo, deambulaban aún por la distante plaza del Inti-Pampa.

Estaba sola. Sola como jamás se había sentido hasta ese día. Sola con el único pensamiento que la aterrorizaba, y en ese mismo instante una risa provocativa y estentórea resonó bajo ella, y le asaltó la idea de que un hombre como